

dicion, es decir, fué proclamado rey de Jerusalem Godofredo de Bullon, príncipe ilustre por su piedad, prudencia valor y magnanimidad.

Una vez proclamada su eleccion, fué acompañado por los grandes señores cruzados á la iglesia del Santo Sepulcro para coronarle por rey de Jerusalem, lo que rehusó tenazmente, diciendo que jamás ceñiría una corona de oro en una ciudad en la cual el Salvador de los hombres habia sido coronado de espinas, ni tampoco tomaría el título de rey, y que únicamente quería se le llamase Baron y defensor del Santo Sepulcro, á cuyos deseos accedieron los grandes señores, admirados de la humildad de su ilustre jefe. Despues de concluida la ceremonia, y adorado el Santo Sepulcro, pasó á visitar la casa hospitalaria de San Juan, la primera que los latinos poseyeron en Jerusalem, y fué recibido por su piadoso fundador Gerardo de Martignes y otros administradores de aquel hospitalario establecimiento, en el cual se hallaban muchos cruzados curándose de sus heridas, recibidas durante el sitio y asalto de la ciudad, á cuyo asilo habian sido trasladados despues de su rendicion.

Godofredo de Bullon quedó admirado de la caridad, aseo y cuidado con que eran asistidos los heridos y enfermos por los hospitalarios, los cuales no economizaban cuidados y sacrificios para alivio de las dolencias de los que gemian en el lecho del dolor, y éstos en medio de sus quebrantos no cesaban de agradecer y alabar la caridad de los hospitalarios; de ahí provino que muchos jóvenes de la principal nobleza, renunciando volver á Europa, se consagraron al servicio de los pobres y peregrinos, contándose entre los ilustres cruzados que tomaron el distintivo de san Juan, Raimundo duque en el Delfinado, que, seguia la muerte de Gerardo, fué el segundo jefe de la Orden; Dudon de Comps tambien del Delfinado, Gaston, Conon de Montagut de Auvernia y otros muchos.

Conocida la utilidad de la orden Hospitalaria de San Juan, Godofredo de Bullon quiso manifestar su afecto y simpatía á dicha casa, cediendo para su sosten los señoríos que le pertenecian de Montboise con todas sus dependencias, que formaban parte de sus dominios de Brabante. Su ejemplo fué imitado por muchos príncipes y grandes señores, que cedieron en favor de la orden de San Juan rentas y posesiones que en poco tiempo la elevaron á grande altura, tanto en Palestina como en Europa, con cuyos recursos el venerable Gerardo de Martignes pudo hacer frente á todas las necesidades de la orden; pero como hasta entonces habia sido solo un administrador secular, el deseo de entregarse á mayor perfeccion, despues de la toma de Jerusalem, le decidió á proponer á sus consocios consagrar su vida en el hospital al servicio de los pobres y peregrinos, tomando un hábito y estatuto regular, cuya forma aprobó el papa Pascual II en 1104.

Poco tiempo disfrutó de reposo el ejército cruzado despues de la toma de Jerusalem, por cuanto no pudiendo sufrir el Sultan de Egipto que los

cristianos se hubiesen posesionado de una parte de sus dominios, y principalmente de Jerusalem, se puso al frente de numeroso ejército, é invadiendo la Palestina trató de atacar á los cruzados hasta su nueva capital; y así lo hubiera realizado si al llegar á noticia de Godofredo de Bullon, éste no se lo hubiera impedido, castigando tan soberbia osadía. Al efecto reunió el ejército cruzado y salió de la capital para ir al encuentro del enemigo, que se hallaba atrincherado en las llanuras de Ascalon, donde se dió la batalla, quedando completamente derrotado el musulman, y victorioso el cristiano, que entró triunfante otra vez en Jerusalem.

Afanzada con esta nueva victoria la conquista de la Tierra Santa, procedióse desde luego á dotar la Judea de un código, ó constitucion totalmente feudal, para su régimen y gobierno, que se llamó *Curia* de Jerusalem. Eligiéronse tambien para lo espiritual obispados en las principales ciudades del nuevo reino, dependientes ó sufragáneos del Patriarca; creáronse feudos además de los principados de Antioquia y Edesa, como los marquesados de Tiro, Sidon y Cesarea, los condados de Assur y Trípoli, y los señoríos de Jaffa, Naplusa y Tiberíades, cuyos señoríos fueron repartidos entre los más distinguidos campeones de la cruzada.

La Corte del Rey, la Curia del Vizconde de Jerusalem, y el Tribunal Sirio para los indígenas, fueron las tres jurisdicciones del país.

El ilustre Godofredo de Bullon sobrevivió solamente un año á su gloriosa entrada en Jerusalem, pues murió el 18 de julio de 1100.

Séanos permitido ahora, por via de digresion, decir dos palabras acerca del origen de las casas aristocráticas y de los romances cuyo principio tuvo lugar en esta época.

La cruzada que acabamos de historiar fué ciertamente la que dió más elevado carácter á la institucion de la caballería nacida de la mezcla de naciones árabes y pueblos germanos; los sentimientos religiosos del teutónico y la delicada galantería del oriental dictaron por decirlo así los deberes del caballero, que consistian en rogar á Dios, servir á las damas, defender la viuda y al huérfano, amar á su señor, luchar, cazar y manejar bien y con destreza tanto el caballo como la lanza. El descrédito y el general abandono en que yacian las letras y las ciencias (que solamente se cultivaban en los claustros), la carencia absoluta de toda cultura intelectual, favorecieron por extraordinario modo al feudalismo, que alentado por el fervor místico de los pueblos no mejoró ni la rudeza ni la ferocidad de las costumbres de la época.

En los castillos de los señores feudales era donde los vasallos conducian á sus hijos, para que los nobles encastillados les enseñasen á servir y adiestrarse en el manejo de las armas, para con el tiempo merecer los honores de la caballería, y eran llamados donceles, pajes y escuderos.

Cuando el señor feudal concedía el honor de armar caballero á un

doncel, señalaba el día de la ceremonia en que debía tener lugar la recepción, y ésta era á la vez religiosa y militar, comprendiendo el baño simbólico, el ayuno de 24 horas, la guardia ó vigilia de las armas, una noche entera pasada en la iglesia en oración, y en seguida la confesión y la comunión. Practicadas estas ceremonias, el novel caballero recibía de mano del señor ó de una dama las espuelas, la cota de malla, la coraza, las brazaderas, los guantes y la espada; para recibir todo lo antedicho debía estar arrodillado ante el señor, el cual le daba tres golpes de plano con la espada sobre la espalda, y le decía: *En nombre de Dios, de San Miguel, y de nuestro señor san Jorge, yo te hago caballero.*

También el uso del nombre nobiliario de muchas familias se remonta á la primera cruzada, lo mismo que los escudos de armas y emblemas heráldicos; en las numerosas expediciones un caballero no tenía otro medio para hacerse reconocer sino por un nombre propio, y para lograr este objeto la mayor parte adoptó el de su feudo; y con este motivo los caballeros se hicieron pintar igualmente en sus escudos y blasones con signos abreviados las empresas que recordaban las banderas bajo las cuales habían combatido, añadiendo aun las divisas que servían para distinguirlos en los torneos, ya sea luchando con fuerza y destreza, ya sea buscando los aplausos ó los premios concedidos á los vencedores y entregados por mano de las damas.

Después de la conquista de Jerusalén, muchos cruzados abandonaron la Palestina y volvieron á su patria; y al regresar á ella, no pocos alcanzaron una vida regalada, pasando de un castillo á otro castillo de los señores feudales con el pretexto de dar noticia de aquellos que habían dejado en tan lejana tierra, y ante dichos señores y sus damas contaban con verdad ó exageración sus heroicas y caballerescas aventuras. De ahí provino llamar romanceros en el Norte, y trovadores en el Mediodía, á los que ponían en verso sus aventuras.

Los juglares ó bufones eran los que las recitaban, y los cantadores y ministriles los que las cantaban con acompañamiento de instrumentos. En el aislamiento y ociosidad en que se hallaban los castillos feudales, cuyos muros impedían la entrada tanto á la civilización como al enemigo, penetraron los primeros cantores de las proezas de los guerreros de la cruz, cautivando la atención de los arrogantes señores que habitaban dichos castillos; de ahí es que desde el soberbio barón y altiva dama hasta los donceles y baja servidumbre, recibían siempre con gusto y hasta con magnificencia á los trovadores y cantores de propias y ajenas aventuras.

Dichos poetas errantes principiaron á dar una forma literaria á los nuevos idiomas aún imperfectos, rudos y variables, y más ó menos impregnados de latín, siguiendo el genio ó la ignorancia de los pueblos poco civilizados.

Las lenguas vulgares comprendían: en Alemania más allá del Meuse el *Tudesco*, lengua de *ia*; en Italia el Italiano, lengua de *si*; en Francia romana y Neustria el *romance*, dividido en romance del Norte, *Welche* ó *Walón*, lengua de *oil*, y en romance del Mediodía, lengua de *oc*.

El romance era el producto de la lengua galo-romana, modificada por los francos y cuya formación fué precisada por los escandinavos cuando se establecieron en Normandía.

El latín, aunque muy despreciado por los bárbaros é ignorantes, continuó siendo la lengua madre, la religiosa y la filosófica, mientras que los idiomas nacionales se desarrollaban en la sociedad civil ó temporal. Las interminables epopeyas de los romanceros y trovadores llamadas «canciones de los hechos,» se componían á veces de 20 á 40,000 versos, que pertenecían por sus objetos á muchos *ciclos*: el *ciclo Carolingio*, cuyo héroe era Carlomagno, y que más tarde produjo la *Canción de Roldán*, y el romance de los *Loheranos*: el *ciclo del Blason*, cuyos héroes fueron el *Rey Artús* y los *Caballeros de la Mesa Redonda*, personajes de leyenda, calcados sobre el ciclo precedente y cantados por Roberto Wace medio siglo después de su romance de Brut; y el tercer *ciclo*, cuyo héroe fué Alejandro el Grande.

Desde principios del siglo XI empezó una especie de renacimiento literario cuyos síntomas visibles parecían haberse borrado con los sucesos de Carlomagno. Sin embargo, bajo el reinado de Carlos el Calvo subsistía aún cierta actividad intelectual, que tomó creces en los palacios y sobre todo con las cuestiones teológicas.

Hemos considerado útil por lo curioso dar las anteriores noticias sobre las costumbres de la época que venimos describiendo, y que son al propio tiempo parte de las consecuencias que produjo la primera cruzada.

Reanudemos ahora la materia y veamos, aunque sea retrospectivamente, cuál era la situación de la Palestina después de la toma de Jerusalén.

Desde el establecimiento del cristianismo hasta nuestros días, demostraron constantemente los fieles particular veneración por la tierra sagrada que el Salvador honró con su presencia divina.

Los primeros cristianos residentes en Jerusalén y sus cercanías se vieron obligados á alejarse de aquellos Santos Lugares, mientras duró el sitio y después de la toma de la ciudad deicida por Vespasiano y Tito. Siglos antes nos había hecho de aquel país la siguiente descripción el profeta de las *Lamentaciones*:

«¿Por qué una ciudad tan populosa, tan rica y llena de delicias, se ve ahora tan solitaria y despojada de todos sus adornos y bellezas? ¿Por qué la que sujetó tantos pueblos á su dominio, y era reina de las provincias, es ahora viuda y huérfana, sin rey, sin templo, sin pontífice, sin magistrados, y sufre ignominioso yugo?»

«Sus caminos se ven desiertos, y no hay quien vaya á adorar al Señor en sus mayores solemnidades: derribadas por tierra sus puertas, gimen y suspiran sus sacerdotes; sus doncellas se muestran desaliñadas y desfiguradas, y ella suspira penetrada de amarga pena.

«¡Oh vosotros, los que pasáis por los caminos que van á Jerusalem, ved, contemplad y decidme si hay dolor comparable con el mio!

«Tenía el Señor determinado derribar los soberbios muros de la hija de Sion, y para esto tendió su cuerda, como hacen los arquitectos cuando quieren nivelar ó igualar algun terreno. Y cuando hubo comenzado la obra, no apartó de ella la mano hasta haberlo destruido todo, é igualado con el suelo. Cayó, pues, el muro, y todo lo que tenia delante, que le servía de resguardo.

«Las puertas de la ciudad y del Templo se vieron sepultadas en sus ruinas, fueron rotas y quebrantadas las barras y cerrojos que las aseguraban; su rey y sus príncipes llevados cautivos, gimen la pérdida de su libertad entre las naciones: cesó la exposicion de la ley y su observancia, por lo que mira á lo ceremonial y sacrificios; enojado el Señor, ni aun á los verdaderos profetas quiso dar sus respuestas.

«Al considerar y ver tan grandes miserias, se debilitaron mis ojos, y casi cegaron de llorar sin cesar y sin consuelo, sintiendo dentro de mí conmovidas todas mis entrañas: no cabia en el pecho mi corazón al ver el quebranto de mi pueblo, y como desfallecian de hambre y sed en medio de las calles los niños y aun los tiernos infantes, que llevaban las madres pendientes de sus pechos.

«¿Qué ejemplo de calamidad pública y de quebranto podré yo hallar para compararle con el tuyo, hija de Jerusalem, y darte por este motivo algun consuelo? ¿con cuáles penas igualaré las tuyas, hija de Sion, para que respire algun tanto, siendo como las aguas del mar sin límites ni término?

«Pero, quedaste burlada, porque todos los que pasaban cerca de tus muros, te insultaban y escarnecian en tus desgracias, y meneando la cabeza, decian: ¿este es el paradero de aquella gente, hermosa y gloriosa Jerusalem, que llenaba de gozo toda la tierra?»

Salvas insignificantes pinceladas que no desfiguran el cuadro, ha sido siempre igual la situacion de los Santos Lugares.

«En efecto, Eusebio, dice un autor-viajero moderno, en su *Historia de la Iglesia*, en su *Vida de Constantino*, y en su *Onomasticum urbium et locorum Sacrae Scripturae*, nos describe los Santos Lugares casi lo mismo que los vemos hoy; habla del Santo Sepulcro, del Calvario, de Belen, del monte de los Olivos y de la gruta donde Jesucristo reveló los misterios á sus Apóstoles. Sigue á este historiador San Cirilo, quien nos muestra las estaciones sagradas tales como se veian antes y despues de los trabajos de Constantino y de Santa Elena.....»

San Jerónimo describe en estos términos las estaciones donde se detuvo la santa dama romana Eustoquio:

«Arrodillóse delante de la Cruz, en la cima del Calvario, y trazó en el Santo Sepulcro la piedra que el ángel habia levantado cuando lo abrió, y besó con especial respeto el lugar sobre que habia descansado el cuerpo de Jesucristo. Vió en el monte Sion la columna en que el Salvador habia sido atado y azotado; esta columna sostenia entonces el pórtico de una iglesia; haciéndose luego trasladar al lugar donde los Discípulos estaban reunidos cuando el Espíritu Santo bajó sobre ellos. Trasládose tambien á Belen y se detuvo al pasar por el sepulcro de Raquel, visitó el Pesebre, y le parecia ver aun en él á los Magos y á los pastores. En Bothfagé halló la tumba de Lázaro y la casa de Marta y María: en Sichar admiró una iglesia construida sobre el pozo de Jacob, donde Jesucristo habló á la Samaritana; y finalmente halló en Samaria el sepulcro de San Juan Bautista.»

Este escrito de san Jerónimo cuenta ya 1485 años, porque es del año 404; y todas las relaciones de la Tierra Santa desde la primera que conocemos *Viaje de Araelfo* hasta los muchos de nuestros días, describen constantemente de la misma manera lo dicho por san Jerónimo.

En vista de esto no sorprende la devocion de todos los cristianos de todos los países á la Tierra Santa. La toma de Jerusalem por los cruzados en 1099 dejó algo expedito el camino, salvó muchas dificultades y allanó no pocos inconvenientes que impedían aquel viaje. No obstante, los naturales del país, animados por el odio que profesaban á los cristianos, no dejaron de agruparse, posesionarse de los desfiladeros y atrincherarse á lo largo de los caminos para caer mas impunemente sobre los viajeros europeos, á quienes se consideraba como enemigos jurados de Mahoma y de su secta.

A consecuencia de los repetidos insultos, robos y asesinatos cometidos por los mahometanos, algunos caballeros de la primera cruzada, movidos de compasion, trataron de poner coto á tales desmanes, y resueltos por otra parte á entregarse á una vida más perfecta formaron el propósito de consagrarse especialmente á la defensa de los peregrinos, seguridad de los caminos y guarda del Santo Sepulcro.

Dichos caballeros eran en número de nueve de los muchos que habian seguido á Godofredo de Bullon en la primera cruzada que se habia organizado en Europa para la conquista de la Palestina, y con ella liberar no solo aquellos Santos Lugares de la tirania, barbarie y profanacion sarracena, si no tambien conservarlos y venerarlos con libertad, mayormente por recordar el testimonio más sublime del amor de todo un Dios, que derramó en ellos su preciosa sangre por salvar á todos los hombres.

Inspirados, pues, aquellos nobles caballeros por el espíritu de Dios, y

animados de un celo ardiente y de fervorosa caridad, de comun acuerdo resolvieron no apartarse jamás del Santo Sepulcro de Jesucristo para guardarlo de toda profanacion de parte de los hijos del Islam; y con este propósito se establecieron desde luego en aquel lugar, consagrándose además á la defensa y proteccion de los piadosos peregrinos que de todas partes acudian á Jerusalem para visitar el Santo Sepulcro. El proyecto de defensa que concibieron dichos caballeros consistia en establecerse á lo largo del camino desde Jaffa ó Beyrut hasta Jerusalem, y acompañar de trecho en trecho á los piadosos extranjeros, librándolos de los ataques, insultos, robos y brutalidades de los infieles.

Es preciso saber que en aquella época la Palestina ejercia sobre las imaginaciones cristianas una fascinacion extraordinaria, pues bastaba que el romano Pontífice agitase un instante el sagrado lábaro, es decir, el estandarte de la cruz, para ver en torno suyo como por encanto un ejército numeroso de cristianos entusiastas y decididos para seguir y militar bajo los pliegues de aquella bandera; y como aquella época, por más que se la tilde injustamente de ignorante, era época de fe ardiente, de ahí es que todos indistintamente, nobles y plebeyos, grandes señores y vasallos, pobres y ricos, ardian y deliraban para marchar en seguida á la Tierra Santa, abandonando gustosamente la patria, familia y comodidades, para satisfacer su devocion, humillarse ante el Sepulcro de Cristo, besar aquella tierra empapada con su sangre, y dispuestos á morir si era preciso batallando contra los infieles, con aquel valeroso entusiasmo que solo saben inspirar la fe y la religion.

Es cierto que la Iglesia por sus Papas y Concilios fué la que fomentó de un modo extraordinario el entusiasmo de los pueblos para la guerra santa, abriendo los tesoros de indulgencias y gracias espirituales á favor de aquellos que se cruzasen para pelear contra los sarracenos, conservar el Santo Sepulcro del Señor, y alcanzar el perdon de los pecados. Como testimonio de lo que acabamos de indicar, insertamos el texto de un cánon establecido con este objeto, en el Concilio celebrado en Roma, primero de San Juan de Letran, que fué el noveno de los generales, presidido por el papa Calixto II, durante la Cuaresma de 1123.

«Cánon XI.—Se admite como ejercicio de penitencia el ir á la guerra de las Cruzadas. Concedemos el perdon de los pecados á los que van á Jerusalem para defender á los cristianos; sus casas, bienes y familias quedan bajo la proteccion de san Pedro y de la Iglesia Romana, y será excomulgado quien usurpe sus bienes, mientras están en la expedicion. A los que se cruzaron para la de Jerusalem ó la de España y no han ido, mandamos que vayan despues de Pascua, bajo pena de excomunion, y si fuesen señores de lugares, tambien incurrirán en la pena de entredicho en sus pueblos, donde cesará todo oficio divino, menos el bautismo de los niños y la penitencia de los moribundos.»

Con un cánon por el estilo, la predicacion continua sobre la cruzada y la efervescencia religiosa de los pueblos, fué como la Europa entera se precipitó más de una vez hácia la santa ciudad de Jerusalem; pero en atencion á los reveses y descalabros que desde un principio experimentaron los cruzados, ora por la traicion y felonía de unos, ora por la ambicion y desacuerdo de otros, se reconoció la imperiosa necesidad de formar ó instituir una milicia permanente, encargada no solamente de custodiar el Santo Sepulcro del Salvador, sino tambien de guerrear sin tregua, en los mismos lugares donde se habia localizado la guerra santa, contra los seguidores del Alcoran y de la media luna; y por medio de esta lucha heroica trasmitir á los nuevos combatientes de la fe las tradiciones del pasado, á fin de que esas mismas tradiciones pudieran perpetuarse hasta los tiempos sucesivos. Es de todo punto cierto é indisputable que la fundacion de una orden religiosa es obra de Dios, quien inspira al fundador un fin piadoso y de provecho para las almas; así es que en la época de que nos ocupamos, por inspiracion divina, en vez de una orden nacieron dos, y se constituyeron una en pos de otra en órdenes militares y religiosas; la primera fué llamada de los soldados ó caballeros del Temple, y la segunda tomó el nombre de Hospitalarios de San Juan de Jerusalem, despues de los Caballeros de Rodas y últimamente de Malta, cuya orden ha durado hasta nuestros días, por más que existe sólo de nombre.

El principio de la célebre Orden de los caballeros del Temple se debió á *Hugo de Paganis*, hijo de una familia distinguida unida á los condes de Champaña, cuyo nombre provenia de un castillo cerca de Troyes sobre el Sena (1).

El segundo caballero se llamaba *Godofredo de San Omer*, de la familia de los Castellans de San Omer en Flandes, la cual subsistió hasta 1617.

A estos dos caballeros se unieron otros siete franceses, tan recomendables por su distinguido nacimiento, como por su bravura é intrepidez.

Una crónica del Cister nos ha conservado el nombre de cuatro, que son *Rossal*, *Geofredo Bisol*, *Payen de Montdidier* y *Archanbaudo de San Agnan*. Una carta del rey Balduino nos hace conocer á otros dos caballeros cuyos nombres son *Andrés* y *Gondemaro*; Andrés pertenecía á la familia de Montbard, y era tio materno de San Bernardo (2).

El noveno fué, segun todas las apariencias, *Hugo I*, séptimo conde de Champaña, fundador de Claraval; dicho caballero se unió á los anteriores en 1125, cuya union motivó el que san Bernardo le escribiese una carta

(1) Crónica Cist. apud Mirzeum, De orig. ord. Equestrium.

(2) Reg. Const. et priv. ord. Cisterc., pág. 477.—Manrique, tom. 1, pág. 373, Anales del Cister.